



LITURGIA, ORACIÓN, ESPACIO Y VIDA

lb⁵

dossiers **CPL**
editorial

LA LITURGIA CRISTIANA, CELEBRACIÓN Y VIDA

Xavier Aymerich

Con frecuencia, al hablar de cuestiones relacionadas con la liturgia, nos referimos a aspectos prácticos de nuestras celebraciones. Y cuando queremos ir más a fondo, de forma digamos que más teórica, lo hacemos sobre los diferentes elementos de la liturgia: la Eucaristía, los sacramentos, las partes del rito, los ministerios, los tiempos litúrgicos... Pero pocas veces nos paramos a reflexionar sobre la liturgia en general, sobre su sentido e importancia, sobre qué significa para la fe cristiana la dimensión celebrativa. Este es el objetivo de este capítulo: ayudar a los cristianos a profundizar en la liturgia, es decir en nuestras celebraciones, como un momento central de la vida cristiana personal y comunitaria.

Este texto es el fruto del trabajo realizado en el obispado de Sant Feliu de Llobregat (Barcelona) durante el curso 2008-2009, en que se planteó como objetivo diocesano profundizar en el sentido y la importancia de las celebraciones litúrgicas. Así, bajo el título general “Los sacramentos, celebración y vida”, la Delegación de Pastoral Sacramental y Liturgia elaboró 4 fichas para trabajar en los grupos, movimientos, parroquias y comunidades de la diócesis. Estas fichas son las que, con alguna modificación y ampliación, os ofrecemos en los cuatro primeros apartados de este capítulo. *Cada apartado contiene la explicación del tema, a continuación una cita bíblica, una cita de un documento eclesial, unas preguntas para el trabajo personal o en grupo, y unas pistas finales para poder reflexionar algo más sobre el tema tratado.* Finalmente, en el quinto apartado, después de haber reflexionado de forma global, concretamos los diferentes elementos de la liturgia cristiana.

1. EL LENGUAJE SIMBÓLICO

Los “sacramentos” de la vida

La vida humana está llena de signos y símbolos para expresarnos y para comunicarnos. Algunos son simples signos que utilizamos de forma convencional: las señales de tráfico, la misma escritura en las diferentes len-

guas... Pero los seres humanos tenemos toda una riqueza simbólica que sirve para expresar emociones, sentimientos, creencias... y que van más allá del lenguaje estrictamente racional y conceptual. Las grandes experiencias humanas, las más internas de la persona, solo se pueden expresar a través del lenguaje simbólico. En la vida cotidiana hay muchos símbolos y gestos que refuerzan las palabras: una sonrisa, unas lágrimas, estrechar las manos, un beso, un abrazo, un regalo, una comida compartida... Incluso las mismas palabras adquieren a veces un significado nuevo, por ejemplo en el lenguaje poético. Son gestos, objetos, acciones, que evocan, recuerdan, revelan algo más profundo de lo que son en sí mismos; son signos exteriores que expresan un sentimiento o una vivencia interior, que quedan transformados por el nuevo significado que se les da. Y es cierto que la vida y las relaciones entre las personas están llenas de estos símbolos o “sacramentos”. De hecho, hay muchos ámbitos de la vida que tienen su “liturgia” (las familias, las parejas, los grupos de amigos, los deportes...).

Los “sacramentos” de la fe

El lenguaje religioso también está lleno de elementos simbólicos que sirven para expresar y vivir la relación con Dios, para entrar en el mundo del sagrado, signos visibles para expresar lo invisible. La relación mutua entre Dios y los seres humanos también se expresa con este lenguaje simbólico. A veces son simples signos (una cruz, una imagen, objetos sagrados...), a veces son elementos de la naturaleza que adquieren un significado nuevo (luz, agua, fuego, viento, un paisaje...), otros son ritos que se celebran en comunidad (comidas, sacrificios, oraciones, peregrinaciones...). Estos ritos simbólicos que usa una comunidad para relacionarse con Dios, para entrar en el ámbito de lo sagrado, es lo que se llama “sacramentos” o “misterios”. Entendiendo “misterio” como aquella mediación a través de la que se puede acceder a la presencia divina escondida, oculta, detrás de aquel símbolo o rito. Como decíamos, todas las religiones participan de este lenguaje sacramental, inherente a la experiencia religiosa de los seres humanos.

El Antiguo Testamento usa muchos de estos símbolos, ritos y fiestas que expresan la alianza de Dios con su pueblo, que recuerdan y actualizan las obras admirables que Dios ha realizado en favor de Israel. Por ejemplo, Moisés celebra un sacrificio como signo de comunión con Dios (Éxodo 24), los profetas anuncian la venida del Mesías que ha de salvar a su pueblo con la imagen del banquete (Is 25,6-9)... El gran rito del pueblo de Israel es la

cena pascual, a través de la cual el pueblo recuerda, agradece y, de alguna manera, participa del gran acontecimiento de la Pascua judía, cuando Dios liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto (Ex 12). El mismo bautismo de Juan era un símbolo del deseo de conversión y de volver al camino de Dios (Mt 3,1-12).

También Jesús realiza signos y gestos para acompañar sus palabras que traen la salvación y anuncian la llegada del Reino de Dios. Este es el sentido de tantos milagros que aparecen en el evangelio, expresión de la solicitud y del amor de Dios hacia los pobres y los que sufren. En estas escenas, Jesús toca (Mt 8,3; 9,29), toma de la mano (Mc 1,31), mira y ama (Mc 10,21), acoge y abraza (Mc 10,13-16)... En otros sitios, Jesús se arrodilla (Mt 26,39). En la resurrección, se aparece físicamente y con su aliento comunica el Espíritu Santo (Jn 20,19-23). Sus palabras también están llenas de simbolismos (por ejemplo, “yo soy la vid y vosotros los sarmientos”, Juan 15,5; o cualquiera de las parábolas). Finalmente, las palabras y gestos de la última cena serán ritos simbólicos que perpetuarán su presencia en la comunidad (Mt 26,20-30 y paralelos; Jn 13,1-20).

Los sacramentos de la Iglesia

Los sacramentos de la Iglesia participan de este lenguaje simbólico, pero van más allá. Porque no son solo símbolos humanos, nuestros, sino que también son, por decirlo de alguna manera, símbolos de Dios. A través de ellos Dios se hace presente. Los sacramentos nos comunican su gracia, nos hacen participar de la vida divina, nos unen a Jesús muerto y resucitado. Es cierto que a Dios se le puede descubrir en todos los lugares (en la naturaleza, en la misma comunidad cristiana, en tantos hechos y situaciones...), pero los sacramentos son unos momentos privilegiados y reconocidos por todos, y con la garantía de la Iglesia, de esta presencia de Dios en nosotros. Sin entrar aún del todo en su contenido y significado, es evidente que los sacramentos son unos momentos centrales para la vida cristiana, ya que por ellos celebramos nuestra fe, alabamos a Dios y le damos gracias por todos sus dones, especialmente por Jesucristo, y al mismo tiempo seguimos recibiendo la fuerza de su amor en el Espíritu Santo.

Aunque para comprender y captar la importancia y la centralidad de los sacramentos, y para poderlos vivir con intensidad, para que no se transformen en simples ritos sin sentido, es necesaria una iniciación, una educación,

tanto de la sensibilidad simbólica de la que participan los signos sacramentales, como del significado y contenido de cada uno de ellos. En un mundo tan secularizado y materialista como el nuestro, esta formación es una primera condición y un reto pastoral para poder entender, celebrar y vivir los sacramentos.

La celebración litúrgica comprende signos y símbolos que se refieren a la creación (luz, agua, fuego), a la vida humana (lavar, ungir, partir el pan) y a la historia de la salvación (los ritos de la Pascua). Insertos en el mundo de la fe y asumidos por la fuerza del Espíritu Santo, estos elementos cósmicos, estos ritos humanos, estos gestos del recuerdo de Dios se hacen portadores de la acción salvífica y santificadora de Cristo (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1189).

Era el día de la preparación de la Pascua. Los judíos no querían que los cuerpos quedasen en las cruces durante el sábado, pues precisamente aquel sábado era muy solemne. Por eso pidieron a Pilato que ordenara quebrar las piernas a los crucificados y quitar de allí los cuerpos. Fueron entonces los soldados y quebraron las piernas primero a uno y luego al otro de los crucificados junto a Jesús. Pero al acercarse a Jesús vieron que ya había muerto. Por eso no le quebraron las piernas. Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al momento salió sangre y agua. El que cuenta esto es uno que lo vio y que dice la verdad. Él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura que dice: “No le quebrarán ningún hueso”. Y en otra parte dice la Escritura: “Mirarán al que traspasaron” (Jn 19,31-37).

Para la reflexión personal o en grupo

1. ¿Somos conscientes de la riqueza simbólica del lenguaje humano? Comentad alguno de los símbolos que aparecen en el primer párrafo del texto. ¿Se os ocurren otros ejemplos de vuestra vida y experiencia?
2. El hecho de que el lenguaje religioso esté lleno de símbolos, ¿es una ventaja o un inconveniente? ¿Cómo podríamos hacer para qué fuese más inteligible?
3. Hemos leído en la cita evangélica: “... y al momento salió sangre y agua”. Se nos está diciendo, pues, que de Jesús crucificado brotan los sacra-

mentos. ¿A qué sacramentos se refiere? Repasad los 7 sacramentos y buscad los elementos simbólicos (signos, gestos...) que aparecen.

Para trabajar un poco más

- En estas dos citas, buscad toda la riqueza de signos y gestos simbólicos que aparecen:
 - * Salmo 23(22): *El Señor es mi pastor*
 - * Lucas 15,11-32: *Parábola del hijo pródigo*
- Leed y reflexionad sobre los núms. 1145-1152 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

2. FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA CRISTIANA

Centralidad de la liturgia

Los no creyentes, o quienes vivan alejados de su vivencia cristiana, a los que participamos de la vida de la Iglesia en cualquiera de sus actividades, nos dicen que somos “los de misa”. Ciertamente es una definición simplista, pero al fin y al cabo define una intuición importante: los cristianos tenemos en la misa del domingo lo que nos une y nos identifica, lo que a lo largo de los siglos ha constituido el núcleo, el centro de la vida cristiana. Ya sabemos que las cosas han cambiado mucho, y que hoy en día hay muchos “cristianos no practicantes”, incluso para muchos fieles el ritmo de la celebración semanal se torna en demasiado pesado... Pero, en todo caso, lo que aún sigue en pie es la centralidad de la celebración de la Eucaristía en la vida cristiana. Y no hablamos solo de la misa, también hablamos de otros actos de celebración de la fe: los sacramentos, otros ritos y oraciones... O sea, todo lo que llamamos liturgia.

El Concilio Vaticano II lo afirmó con esta expresión: “La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10). Ciertamente: la vida del cristiano incluye muchas otras dimensiones además de la celebración litúrgica: la oración personal, la coherencia en la propia vida, el compromiso hacia la comunidad y hacia la sociedad... También en las comunidades cristianas, además de las celebraciones de la fe, hay una serie de actividades de formación y educación

de la fe (catequesis, preparación a los sacramentos, grupos de formación y de revisión de vida, movimientos evangelizadores...), así como también de servicio y compromiso hacia la sociedad (Cáritas, educación en el ocio, atención a los enfermos, grupos de Tercer Mundo...). Pero siempre, en el centro, se encuentra la celebración cristiana, o sea los sacramentos y la liturgia. Es decir, lo que creemos, lo que constituye nuestra fe, lo celebramos; por eso decimos que la celebración es la cumbre de la vida cristiana. Pero al mismo tiempo, lo que creemos y celebramos lo llevamos a la vida, de manera que la celebración se transforma como en un motor que anima y transforma nuestra manera de vivir y actuar; por eso la liturgia es la fuente de la vida cotidiana del cristiano. Centro, cumbre y fuente.

Jesucristo y la Iglesia

La encarnación de Dios en Jesucristo es la plenitud sacramental, es la suprema revelación de Dios. Dios se hace presente, visible, próximo a los seres humanos, en Jesucristo. Él es el mediador, el “misterio” plenamente manifestado. La salvación de Dios se ha hecho presente en su vida, sus gestos y palabras, y sobre todo en su muerte y resurrección (“misterio pas-cual”). Por eso podemos decir que Jesucristo, el Señor crucificado y resucitado, es el “sacramento original y primordial” en el que Dios Padre se ha hecho próximo a la humanidad para darnos la salvación y la vida eterna.

Y la Iglesia, comunidad de creyentes en Cristo, podemos decir que es el “primer sacramento” de Cristo, es decir el signo permanente de su presencia en el mundo. Es verdad: la Iglesia es donde más fácilmente podemos encontrar a Jesucristo; ella nos ha transmitido el Evangelio, la tradición, está llena de “sacramentos” o signos de su presencia (en la liturgia, en las personas, en la Palabra de Dios, en las múltiples actividades...). Es verdad: es un lugar privilegiado de encuentro con el Señor, porque él mismo está presente en su Espíritu. Sin querer encerrar a Dios en las iglesias, es evidente que en la Iglesia hay una densidad de “sacramentalidad” porque Cristo resucitado se hace presente en la comunidad de creyentes reunidos por el Espíritu Santo.

Los 7 sacramentos

La Iglesia comunica su riqueza salvadora a través de las celebraciones litúrgicas, y en concreto a través de los sacramentos, que son así unos momentos especiales en que se expresa, celebra y realiza esta presencia salvadora de

Dios en Jesucristo. Por los sacramentos, la persona que ha sido iniciada en la fe de la Iglesia recibe la gracia de Dios, la fuerza del Espíritu Santo. Los 7 sacramentos no agotan la riqueza sacramental de la Iglesia, pero en ellos se hace presente de forma privilegiada la fuerza del Espíritu Santo a través del testimonio y la garantía de la Iglesia; son las concreciones de esta presencia de Jesucristo en la vida de los cristianos. Además, responden a los momentos y las experiencias fundamentales de la vida de las personas, en que Dios se hace presente de una manera especial a través de los sacramentos: la iniciación cristiana desde el nacimiento a la vida y a la fe (bautismo), la madurez humana y cristiana (confirmación), la enfermedad (unción de los enfermos), la experiencia de pecado y el deseo de rehacer el camino (reconciliación), el amor de pareja y la formación de la familia (matrimonio), la consagración de la propia vida al servicio de la comunidad (orden). La Eucaristía es el principal de los sacramentos, que completa la iniciación cristiana (primera comunión), pero también prepara para el paso a la vida eterna (viático), y sobre todo es el sacramento de la vida cotidiana del creyente, como alimento y compañero de camino.

Los sacramentos, pues, acompañan a la vida cristiana. Ser una persona cristiana es principalmente encontrarse con Cristo, adherirse a su persona y participar de su vida; y eso se realiza a través de las celebraciones sacramentales de la Iglesia. Dios se hace presente en los sacramentos, pero la persona debe acoger esta presencia, participando en ella con la debida disposición y preparación necesarias por su parte. Por eso bien podemos afirmar que el cristiano acude a la celebración trayendo consigo su vida; y sale de ella renovado, transformado, enviado otra vez a la vida para dar testimonio de la fe que ha celebrado.

La liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos. Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece

también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor (*Sacrosanctum Concilium* 2).

Todos se mantenían firmes en las enseñanzas de los apóstoles, compartían lo que tenían y oraban y se reunían para partir el pan. Todos estaban asombrados a causa de los muchos milagros y señales hechos por medio de los apóstoles. Los que habían creído estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí; vendían sus propiedades, todo lo que tenían, y repartían el dinero según las necesidades de cada uno. Todos los días se reunían en el templo, y partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos, y cada día añadía el Señor a la Iglesia a los que iba llamando a la salvación (Hch 2,42-47).

Para la reflexión personal o en grupo

1. ¿Somos lo suficientemente conscientes de la importancia de la celebración litúrgica en nuestra vida cristiana? Elementos positivos, dificultades y retos.
2. ¿Qué experiencia tenemos de relación y vínculo entre la celebración y la vida?
3. En el texto de los Hechos de los Apóstoles vemos cómo vivían las primeras comunidades cristianas. En nuestras parroquias y comunidades, ¿cómo podríamos potenciar la centralidad de la Eucaristía del domingo respecto a todos los grupos que hay y a todas las actividades que se realizan?

Para trabajar un poco más

- Leed y comentad unos puntos de la Constitución sobre la sagrada liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, del Concilio Vaticano II:
 - * Cristo es el “sacramento original” del Padre, en él se cumple plenamente la obra de la salvación (núm. 5); la Iglesia es el “primer sacramento” de Cristo, y continua la obra de la salvación a través de la liturgia (núm. 6).

* La actividad de la Iglesia no es solo litúrgica (núm. 9); la liturgia, y sobre todo la Eucaristía, fuente principal de la gracia (núm. 10).

3. LA LITURGIA, CELEBRACIÓN DE LA FE

Qué significa “liturgia”

Liturgia es la palabra que usamos para nombrar a todos los actos en que la Iglesia celebra su fe (Eucaristía, sacramentos...). Es un concepto griego que significaba servicio, ministerio, encargo, función pública. Aplicado a la religión, la liturgia era, pues, el servicio o ministerio sagrado en el culto público a Dios. Y aplicado al cristianismo, la liturgia pasa a ser la celebración pública del culto ofrecido a Dios por la Iglesia en nombre de Jesucristo, a través de sus correspondientes ritos. Pero el valor de la liturgia cristiana está en el hecho de que no se trata tan solo de un acto de culto del pueblo hacia Dios, sino también de santificación de las personas por la gracia de Dios; o sea, en un doble movimiento *arriba y abajo*, por así decirlo. Explicado mejor, y para que se entienda... La liturgia celebra la obra salvadora de Dios hacia la humanidad, que empezó desde la creación del mundo, que se ha ido manifestando de varias maneras a lo largo de la historia (Antiguo Testamento) y que ha culminado en Jesucristo: su encarnación, su vida, sus palabras, sus gestos curadores, y sobre todo su muerte y resurrección (misterio pascual), completada con el don del Espíritu Santo. Podemos decir que Jesucristo es el gran sacerdote (mediador) en quien se hace presente de forma plena la obra del amor salvador de Dios hacia los seres humanos.

La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, continúa a través de la liturgia esta obra salvadora de Dios en Jesucristo por la fuerza del Espíritu Santo. En la celebración litúrgica, los cristianos no solo alabamos a Dios y le damos gracias por este amor tan grande hacia nosotros (dimensión ascendente), sino que en ella se hace presente, se actualiza, se realiza, el misterio de la redención obtenida por él (dimensión descendente). Por eso la celebración cristiana siempre es gozosa, festiva, con un profundo sentido de agradecimiento por el don gratuito del amor de Dios, que se ha manifestado, y que sigue manifestándose, con la gracia de los sacramentos, que son así medios de salvación. Pero también incluye un sentido de admiración, de contemplación, al entrar a celebrar un misterio tan grande. La liturgia contiene así una *belleza* que exige ser celebrada con dignidad y respeto. Por eso, para poder *entrar* en profundidad en el espíritu de la liturgia, se necesita un mínimo

de gusto y de sentido por la belleza, porque la celebración siempre incluye una vertiente poética, estética. Este es el sentido profundo de la dimensión celebrativa inherente a la fe cristiana.

El “memorial”

Un concepto importante para entender el valor y el sentido de la liturgia cristiana es el que se llama *memorial*: la celebración litúrgica recuerda el hecho salvador *pasado*, pero al mismo tiempo lo actualiza en el *presente*, y lo proyecta hacia el *futuro*. Jesús, muerto y resucitado, a través de su Espíritu, se hace presente de una forma especial en los sacramentos, que son así signos eficaces de la gracia de Dios. En la Eucaristía, por ejemplo, recordamos la última cena, que el mismo Jesús instituyó como sacramento de su sacrificio en la cruz, pero al mismo tiempo se hace presente (el pan y el vino son realmente el cuerpo y la sangre del Señor) y se transforma en alimento para la vida eterna. Por lo tanto, los cristianos experimentamos en la celebración litúrgica la novedad de la vida nueva de los hijos de Dios, como una anticipación de lo que será la plenitud de la vida por siempre a la que nos abre nuestra fe: “En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte de la liturgia celestial” (SC 8). De hecho, con razón se puede decir que los sacramentos nacen de la Pascua (muerte y resurrección de Jesús), por la que hemos obtenido la salvación. Y esta Pascua sigue en los sacramentos, que son su memorial.

Los sacramentos, expresión de la fe

Las celebraciones litúrgicas, por otro lado, son la mejor expresión de la fe cristiana. En efecto, como dice la antigua expresión “*lex orandi – lex credendi*”, el pueblo de Dios expresa la fe que cree en la celebración: en los textos, en las oraciones... (lo que oramos, *lex orandi*) hay los contenidos fundamentales de la fe (lo que creemos, *lex credendi*). La liturgia nos introduce en el núcleo del misterio que creemos, celebramos y vivimos los cristianos. Por eso la liturgia tiene un gran valor pedagógico, catequético, evangelizador, porque expresa, explica, transmite la fe a través de palabras y signos. Sin ir más lejos, en las celebraciones se refleja claramente la dimensión trinitaria de la fe cristiana, porque la celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo. Además, en la liturgia hay la proclamación de la Palabra de Dios (elemento central de la fe cristiana), hay la oración (personal y comunitaria, y de todo tipo:

alabanza, petición de perdón, acción de gracias, súplica, ofrenda...), hay el vínculo con la vida de las personas y de la comunidad que celebra... Y es que los sacramentos “no solo suponen la fe, también la fortalecen, la alimentan y la expresan con palabras y acciones; por eso se llaman sacramentos de la fe” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1123).

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro (*Sacrosanctum Concilium* 7).

Alabemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, pues en nuestra unión con Cristo nos ha bendecido en los cielos con toda clase de bendiciones espirituales. Dios nos escogió en Cristo desde antes de la creación del mundo, para estar en su presencia santos y sin falta. Por su amor nos destinó a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, conforme a lo que se había propuesto en su voluntad. Por esta causa alabamos siempre a Dios por su gloriosa bondad, con la cual nos bendijo mediante su amado Hijo. En su gran amor, Dios nos ha liberado por la sangre que su Hijo derramó, y ha perdonado nuestros pecados. Dios nos ha mostrado su amor dándonos toda sabiduría y entendimiento, y nos ha hecho conocer su designio secreto, o sea el plan que él mismo se había propuesto llevar a cabo. Según este plan, que se cumplirá fielmente a su debido tiempo, Dios va a unir bajo el gobierno de Cristo todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra (Ef 1,3-10).

Para la reflexión personal o en grupo

1. Jesucristo se hace presente en la celebración litúrgica de varias maneras. A partir de la cita del Concilio adjunta (SC 7), ¿dónde y cómo descubrimos esta presencia?
2. En el fragmento de la carta de san Pablo a los Efesios se refleja la doble dimensión de la liturgia (ascendente y descendente); comprobadlo. ¿Somos conscientes de esta doble dirección: de nosotros hacia Dios y de Dios hacia nosotros? ¿Damos suficiente importancia a las dos dimensiones?
3. ¿Son nuestras celebraciones expresión de la fe de la Iglesia? Elementos positivos y aspectos a potenciar o mejorar.

Para trabajar un poco más

- Leed y comentad el fragmento de la plegaria eucarística IV del misal que va desde el *Sanctus* hasta la consagración. Es un magnífico resumen de la historia de la salvación, desde la creación hasta Jesucristo y el don del Espíritu Santo, en el que se manifiesta el amor salvador de Dios y por el que los cristianos damos gracias en la celebración litúrgica.
- Leed y reflexionad sobre los núms. 1110-1112 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

4. CELEBRACIONES COMUNITARIAS Y ECLESIALES

La comunidad eclesial

Las celebraciones litúrgicas (Eucaristía, sacramentos...) nunca son acciones privadas, sino comunitarias y eclesiales. Comunitarias, porque la fe no puede ser celebrada y vivida por uno solo, debe hacerse junto a otros. De hecho, todo el lenguaje simbólico es comunitario por definición, porque hay una comunidad que comparte esos símbolos y su significado. Se debe evitar, pues, toda tentación de individualismo o subjetivismo.

Pero al mismo tiempo son celebraciones eclesiales, que expresan la unidad de la Iglesia, que celebra en todas partes con unas formas comunes (libros litúrgicos, ritos, palabras...). No son la oración de un grupo, sino de todos,

unificando toda la pluralidad en la comunión. Esto no significa uniformidad, sino unidad y comunión desde la riqueza y la pluralidad. Es verdad que debe haber creatividad y adaptación a cada lugar, cada comunidad, cada misa... Pero no podemos hacer lo que queramos, porque la celebración no es nuestra, es de la Iglesia, todos deben poderse sentir como en casa, identificado. ¡Qué bello cuando nos encontramos lejos y compartimos la misa con la comunidad del lugar, incluso cuando no entendemos su lengua! Nuestras celebraciones se hacen en comunión con toda la Iglesia universal; por eso en todas las misas se menciona al Papa y al obispo del lugar. Y no solo con la Iglesia terrena, sino con la Iglesia celestial (como decimos en el Credo, nosotros “creemos en la comunión de los santos”).

Acciones de Cristo y de la Iglesia

Las celebraciones litúrgicas son acciones de Cristo y de la Iglesia, o sea, del pueblo santo reunido. Es toda la comunidad (Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza) quien celebra, por el sacerdocio común de todos los bautizados, bajo la presidencia del ministro ordenado (obispo, presbítero, diácono), que actúa en la persona de Cristo.

Así, en la celebración de los sacramentos, toda la asamblea es “liturgo”, cada cual según su función, pero en “la unidad del Espíritu” que actúa en todos (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1144).

La comunidad cristiana reunida para celebrar el memorial del Señor expresa de forma privilegiada a la Iglesia tal como es, estructurada y organizada con sus ministerios y servicios. Tal como decía el papa Juan Pablo II, “La Iglesia vive de la Eucaristía”: así como la Iglesia “hace” la Eucaristía y los sacramentos, también la Eucaristía y los sacramentos “hacen” a la Iglesia, edifican la comunidad, la manifiestan y le dan efectividad.

Es esta misma Iglesia la que a lo largo del tiempo ha discernido y precisado las formas litúrgicas concretas con las que sigue dispensando el tesoro recibido de Cristo: la Eucaristía y los demás sacramentos (recordemos que el número 7 simboliza plenitud), las demás celebraciones sacramentales y de oración, el año litúrgico, el domingo... con toda su riqueza y pedagogía de signos, palabras, imágenes, gestos, ornamentos, cantos...

La participación

Una de las prioridades del Concilio Vaticano II fue la participación en la liturgia de todos los fieles:

La Santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la Liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano (SC 14).

O sea, los fieles no son espectadores o simples asistentes de la celebración (“oír misa”), sino protagonistas y partícipes. Aunque participar no solo significa actuar, hacer algo, sino más bien la auténtica participación es interna: vivir intensamente lo celebrado, con las oraciones, los diálogos y las aclamaciones, los cantos, los silencios..., con una disposición y actitud espirituales adecuadas.

Con todo, es cierto que, de la misma manera que en la Iglesia hay muchas posibilidades de colaborar (corresponsabilidad), también en la liturgia hay gran diversidad de servicios y ministerios a los que los laicos están llamados a participar. En definitiva, se trata de que todos hagan lo que les corresponde, para mostrar así una Iglesia más participada, rica y plural con sus diferentes órdenes y ministerios.

Comunión, fraternidad y solidaridad

La celebración genera lazos de comunión entre los que participan en ella, que se sienten miembros de una familia. Además, la celebración invita a la fraternidad, a la solidaridad, entre nosotros y hacia fuera. Recordemos la compartición de bienes a la que invitaba la celebración de las primeras comunidades cristianas:

Todos se mantenían firmes en las enseñanzas de los apóstoles, compartían lo que tenían y oraban y se reunían para partir el pan... Los que habían creído estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí; vendían sus propiedades, todo lo que tenían, y repartían el dinero según las necesidades de cada uno (Hch 2,42-45).

Por eso es importante que el encuentro con Cristo que hacemos en forma sacramental y eucarística, se complete con el encuentro vital de la caridad con los hermanos.

De la “Ordenación General del Misal Romano”, tercera edición:

La celebración de la misa, como acción de gracias de Cristo y del pueblo de Dios ordenado jerárquicamente, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente (núm. 16).

Es, por tanto, de sumo interés que de tal modo se ordene la celebración de la Misa o Cena del Señor que ministros sagrados y fieles, participando cada uno según su condición, reciban de ella con más plenitud los frutos para cuya consecución instituyó Cristo nuestro Señor el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre y confió este sacrificio, como un memorial de su pasión y resurrección, a la Iglesia, su amada Esposa (núm. 17).

La celebración eucarística es acción de Cristo y de la Iglesia, es decir, un pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección del Obispo. Por eso, pertenece a todo el Cuerpo de la Iglesia, influye en él y lo manifiesta; pero afecta a cada uno de sus miembros según la diversidad de órdenes, funciones y actual participación. De este modo, el pueblo cristiano, “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido”, manifiesta su coherente y jerárquica ordenación. Todos, por tanto, ministros ordenados y fieles laicos, al desempeñar su ministerio u oficio, harán todo y solo aquello que les corresponde (núm. 91).

El cuerpo humano, aunque está formado por muchas partes, es un solo cuerpo. Así también Cristo. De la misma manera, todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, fuimos bautizados para formar un solo cuerpo por medio de un solo Espíritu; y a todos se nos dio a beber de ese mismo Espíritu. Un cuerpo no se compone de una sola parte, sino de muchas. (...) Dios ha puesto cada parte del cuerpo en el sitio que mejor le pareció. Si todo fuera una sola parte, no habría cuerpo; pero lo cierto es que las partes son muchas, aunque el cuerpo solo es uno. El ojo no puede decirle a la mano: “No te necesito”, ni la cabeza puede decir a los pies: “No os necesito”. Al contrario, las partes del cuerpo que parecen más débiles son las que más se necesitan (...). Y es que Dios dispuso el cuerpo de tal manera que las partes menos estimadas reciban mayor honor, para que no haya desunión en el cuerpo, sino que cada parte del cuerpo se preocupe de las otras. Si una parte del cuerpo sufre, todas las demás sufren también; y si una parte recibe atención especial, todas las demás comparten su alegría. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno de vosotros es una parte de él, con su propia función. Dios ha querido que en la iglesia haya, en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; luego personas que hacen milagros y personas con poder para sanar enfermos, o que ayudan, o dirigen, o hablan en lenguas. No todos son apóstoles ni todos son profetas. No todos son maestros ni todos hacen milagros ni todos tienen poder para sanar enfermos.

Tampoco hablan todos en lenguas ni todos saben interpretarlas. Vosotros debéis ambicionar los mejores dones (1Cor 12,12-14.18-22.24-31).

Para la reflexión personal o en grupo

1. ¿Qué opináis del individualismo y del subjetivismo que vivimos actualmente? ¿Creéis que es una realidad que afecta a la celebración litúrgica? ¿Cómo podríamos superar esta tentación?
2. En nuestras celebraciones, ¿se vive de veras la dimensión comunitaria y eclesial? Elementos positivos y posibilidades de mejora.
3. ¿Cómo vivimos la dimensión de fraternidad y solidaridad que comporta la celebración cristiana? ¿Se nota suficientemente nuestro testimonio de puertas hacia fuera de la iglesia?

Para trabajar un poco más

- Leer y comentad el capítulo III de la *Ordenación General del Misal Romano*, que habla de los “Oficios y ministerios en la misa”. De manera particular fijaos en los ministerios y servicios previstos para los laicos (núms. 98-107). Se podría repasar los ya existentes en nuestras celebraciones, los que faltan y se podrían añadir, así como revisar también si se ejercen correctamente, cómo mejorarlos, etc.
- La *Ordenación General del Misal Romano* se encuentra en las primeras páginas del Misal. También, en un formato manual, está publicada por el Centre de Pastoral Litúrgica en el Dossier CPL 127, *La Misa y la Liturgia de las Horas. Ordenación General* (2012).

5. QUÉ INCLUYE LA LITURGIA

La Eucaristía y los demás sacramentos

Hemos reflexionado en cuatro capítulos sobre la importancia y centralidad, sobre el sentido y significado, de la liturgia en la vida cristiana. ¿Qué incluye, pues, la liturgia? Nos referimos a toda la parte celebrativa, es decir a todos los actos en que la Iglesia celebra su fe. Todo lo que los cristianos creemos (la fe que profesamos, el *credo*) y vivimos (la dimensión ética, los mandamien-

tos), lo celebramos (la liturgia).

Y en el centro de la parte celebrativa de la Iglesia encontramos, evidentemente, a la Eucaristía. Como afirmaba el Concilio Vaticano II (SC 47), y como también recoge el *Catecismo de la Iglesia Católica* 1323:

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera.

Así pues, en la Eucaristía no solo celebramos el núcleo de la fe cristiana, el misterio pascual del Señor, sino que él mismo se hace presente en su cuerpo y en su sangre. Por eso la Eucaristía no solo es el primer y principal sacramento, sino también el más habitual, el sacramento que acompaña a la vida cristiana, desde la primera celebración de la Eucaristía en el marco de la iniciación cristiana hasta la última en el tránsito hacia la vida eterna (el viático). La participación regular en la Eucaristía, especialmente en la misa dominical, es el mejor signo de una vida cristiana madura y comprometida.

Pero no solo la Eucaristía, sino también los demás sacramentos. Como ya hemos dicho, “la Iglesia reconoció poco a poco este tesoro recibido de Cristo y precisó su ‘dispensación’, tal como lo hizo con el canon de las Sagradas Escrituras y con la doctrina de la fe, como fiel dispensadora de los misterios de Dios (cf. Mt 13,52; 1Cor 4,1). Así, la Iglesia ha precisado a lo largo de los siglos, que, entre sus celebraciones litúrgicas, hay siete que son, en el sentido propio del término, sacramentos instituidos por el Señor” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1117). Sin olvidar que, como también hemos dicho, el 7 es un número simbólico que expresa plenitud.

El mismo Catecismo (núm. 1211) ordena los 7 sacramentos de la siguiente manera: los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo, confirmación, Eucaristía), los sacramentos de curación (penitencia y unción de los enfermos), y los sacramentos al servicio de la comunión y la misión (matrimonio y orden). “Ciertamente este orden no es el único posible, pero permite ver que los sacramentos forman un organismo en el cual cada sacramento particular tiene su lugar vital”. Aún, algo más sobre la centralidad de la Eucaristía: “En este organismo, la Eucaristía ocupa un lugar único, en cuanto ‘sacra-

mento de los sacramentos: todos los otros sacramentos están ordenados a este como a su fin' (Santo Tomás de Aquino, *STh* 3,65, 3)" (í.d.).

Las demás celebraciones litúrgicas

Además de los sacramentos, la liturgia cristiana incluye otras celebraciones. Son los llamados *sacramentales*. Aunque no son sacramentos, obtienen también efectos espirituales para quienes los reciben.

Entre los sacramentales encontramos, en primer lugar, las *bendiciones*. Cualquier bendición es alabanza a Dios y oración para obtener sus dones. Las bendiciones sobre personas (que no debemos confundir con la ordenación sacramental) tienen por objeto consagrarlas a Dios: *bendición del abad o de la abadesa de un monasterio, consagración de las vírgenes, profesión religiosa*, bendiciones para ciertos *ministerios eclesiales* (lectores, acólitos, catequistas, etc.). Las bendiciones sobre objetos o lugares sirven para reservarlos al uso litúrgico: *dedicación o bendición de una iglesia o de un altar, bendición de los santos óleos, de los vasos y ornamentos sagrados, de las campanas*, etc. Advirtamos que la Iglesia dispone de unos libros rituales oficiales para proceder con rigor a todas estas celebraciones litúrgicas.

Merecen un apartado específico todas las celebraciones litúrgicas alrededor de la Eucaristía, pero cuando no hay misa propiamente dicha. Nos referimos a las *celebraciones dominicales en ausencia de presbítero*, a otras formas de *comunión fuera de la misa* (la comunión de los enfermos, el viático), y también a las diferentes posibilidades de culto a la santísima Eucaristía (*exposiciones del santísimo sacramento, procesiones eucarísticas...*).

También debemos hablar de la celebración de las *exequias*. De hecho, los funerales cristianos no pueden conferir al difunto sacramento o sacramental alguno, pero sí que son una celebración litúrgica de la Iglesia, por la que se intenta expresar la comunión eficaz con el difunto, así como hacer participar a la comunidad reunida y anunciarle la vida eterna.

Finalmente, también forma parte de la liturgia la oración "oficial" de la Iglesia, es decir, la Liturgia de las Horas. Es la oración por la que todo el pueblo fiel (clero, religiosos y laicos) se dirige al Padre como Cuerpo de Cristo, como Esposa que habla al Esposo. Se estructura de manera que todo el curso del día queda consagrado a la alabanza a Dios. Las oraciones principales son las de la mañana (Laudes) y de la tarde (Vísperas), completadas por la oración de entre día (Tercia, Sexta, Nona), el Oficio de lectura (en los monasterios

corresponde a los Maitines) y la última oración del día (Completas).

Fuera de la liturgia de los sacramentos y de los sacramentales, se debe tener en cuenta las formas de la piedad de los fieles y de la *religiosidad popular* (veneración de las reliquias, visitas a los santuarios, procesiones, vía crucis, rosario...).

Estas expresiones prolongan la vida litúrgica de la Iglesia, pero no la sustituyen: Pero conviene que estos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos para que estén de acuerdo con la sagrada liturgia, deriven en cierto modo de ella y conduzcan al pueblo a ella, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1675).

El domingo y el año litúrgico

La Iglesia da una gran importancia al tiempo en que se celebra la liturgia. Entre estos tiempos destaca el *domingo*, el día del Señor.

La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los “hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (1Pe 1,3). Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico (SC 106).

El papa Juan Pablo II, el año 1998, publicó la Carta apostólica *Dies Domini*, en la que decía que el domingo es el día del Señor, el día de Cristo, el día de la Iglesia, el día del hombre. Un día con una gran riqueza de posibilidades para vivir y crecer como personas (descanso, familia, amistad, ocio) y como cristianos (comunidad, formación, caridad...). Y en el centro del domingo, la Eucaristía dominical. Pero la importancia del domingo es tan grande que incluso en los lugares donde no puede haber misa conviene que la comunidad se reúna y celebre su fe (celebraciones dominicales en ausencia de presbítero).

Con razón podemos decir que el domingo es la celebración de la Pascua semanal. Del domingo se deriva el *año litúrgico*, que explicita los aspectos principa-

les y los momentos más importantes del misterio de la salvación. El núcleo del año litúrgico es la Pascua anual, el Triduo Pascual y la Semana Santa, con la celebración de la muerte y resurrección del Señor (misterio pascual), centrada evidentemente en la Vigilia de la noche de Pascua. De esta celebración surgen el tiempo de preparación previa (la Cuaresma) y la celebración pascual que sigue durante 50 días (el Tiempo Pascual) hasta Pentecostés. La otra gran celebración del año cristiano, el nacimiento del Señor, ha dado lugar a un tiempo litúrgico propio alrededor de estas fiestas (la Navidad) y también a un tiempo de preparación (el Adviento). También a lo largo del año se celebran otras fiestas del Señor, de la Virgen María y de los santos y santas más importantes. Los tiempos litúrgicos tienen de un “color” especial a todas las celebraciones.

Lugares, palabras, símbolos

No solo el tiempo, también el lugar. La liturgia tiene un interés especial en cuidar de los espacios celebrativos, tanto de los templos como de los lugares concretos con un simbolismo especial (el altar, el ambón, la sede), y también otros elementos como imágenes, objetos y ornamentos.

En el primer punto de este capítulo tratábamos sobre el lenguaje simbólico, y es verdad que hay una gran riqueza de estos elementos rituales: palabras, gestos, posturas, cantos y música, silencios... Sin contar con las lecturas de la Escritura, que se proclaman como Palabra de Dios. Además, se utilizan también algunos elementos de la misma naturaleza (agua, aceite, pan y vino), que añaden a su significado original el valor sacramental que le confiere aquella celebración litúrgica.

En definitiva, una riqueza de signos y símbolos a partir de los que se expresa el amor salvador de Dios Padre, en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu Santo, que se celebra en la liturgia.